



**Kenneth HIRTH, *The Organization of Ancient Economies: a Global Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020, 462 p.**

Darío N. Sánchez Vendramini  
UNC- UNLaR – IEH, CONICET  
[dsanchez@unlar.edu.ar](mailto:dsanchez@unlar.edu.ar)

Recepción del original: 18/11/21

Aceptación del original: 30/11/21

Este libro es una importante contribución al estudio de la economía en las sociedades premodernas de todo el planeta, notable por la amplitud de su enfoque, por la riqueza de su análisis y por el detallado conocimiento del gran número de casos particulares presentados en sus páginas. Kenneth Hirth es un antropólogo con una destacada trayectoria en el estudio de las antiguas culturas mesoamericanas, pero en esta obra trasciende ampliamente ese campo de especialidad y ofrece una perspectiva auténticamente global del tema. En efecto, H. se desenvuelve con soltura tratando sobre casos tan diferentes como, por mencionar sólo algunos ejemplos, la antigua Mesopotamia, el Imperio Chino, el Imperio Romano, aztecas, incas, los nativos norteamericanos o diversos pueblos africanos, demostrando en cada caso un profundo dominio de la bibliografía relevante.

El primer capítulo (*The Structure of the Ancient Economy*) presenta las bases teóricas de todo el trabajo. H. parte de la premisa de que son la escala, la complejidad y la organización de la economía las que determinan el desarrollo de las sociedades antiguas (p. 1). El estudio de las economías antiguas es entonces de central importancia, pero se ha visto obstaculizado, en su opinión, por una serie de escollos. En primer lugar, por las dificultades empíricas y metodológicas que impiden reconstruir las economías antiguas desde una única perspectiva. En



segundo, por la influencia de las ideas sustantivistas de K. Polanyi que, con su énfasis en el carácter embebido de la economía, impidieron que ésta fuera estudiada como una esfera independiente en sociedades del pasado. Finalmente, en tercer lugar, también se ha visto entorpecido por los desafíos que implica implementar el método comparativo, que es el que H. considera más provechoso.

Para sortear estos obstáculos, H. propone un marco teórico ecléctico e interdisciplinario que recurre a conceptos de la economía, la sociología, la historia, la geografía y otras ciencias para desarrollar conceptos capaces de hacer justicia a las especificidades de los casos estudiados. Al igual que la gran mayoría de la bibliografía reciente sobre el tema, H. considera al debate entre formalistas y sustantivistas como superado y parte de una definición de economía que busca integrar aportes de ambas perspectivas. La concibe como “la forma socialmente mediada de aprovisionamiento material e interacción que abarca la producción y la asignación de recursos entre fines alternativos” (p. 4) H. busca destacar así la compatibilidad de los enfoques sustantivistas y formalistas, ya que, según considera, el foco en los incentivos y en la racionalidad de las elecciones individuales no implica desconocer el hecho de que la economía está “embebida” en la cultura. Sin embargo, antes que proponer una gran teoría unitaria, el objetivo de H. en esta obra es desarrollar un marco comparativo que permita abarcar y evaluar las estructuras económicas antiguas.

Los capítulos centrales del libro (del 2 al 9), ofrecen un recorrido por diferentes aspectos de las economías antiguas. Si bien las conexiones entre ellos son claras y lógicas, cada capítulo ha sido redactado como un ensayo relativamente independiente. Por ello se ha optado por reiterar algunas discusiones y por incluir resúmenes de lo tratado al final de cada capítulo. Si bien esto facilita el uso de la obra como texto de referencia y consulta rápida, también da lugar a repeticiones que resultan algo tediosas para quien lee el libro en su totalidad. Procedamos, entonces, a un muy breve comentario de los contenidos de cada capítulo.

El capítulo 2 (*The Domestic Economy*) se enfoca en la unidad doméstica (*household*), a la que H. define como un grupo de co-residentes de tamaño variable que comparten tanto las tareas como la toma de decisiones (pp. 18-19). A diferencia de los enfoques tradicionales, H. concibe a las unidades domésticas premodernas como grupos dinámicos, flexibles e innovadores que contaban con la capacidad de intensificar su producción cuando las condiciones lo requerían. H. apoya este modelo en el análisis detallado de un caso, las unidades domésticas aztecas del período inmediatamente posterior a la conquista española.

El capítulo 3 (*The Community of Households*) analiza las instituciones informales de las economías antiguas, a las que H. concibe ante todo como redes de asistencia mutua de las unidades domésticas. Para ilustrar la discusión teórica se analizan en detalle ejemplos históricos del antiguo Israel, los bosquimanos del desierto del Kalahari, la Islandia medieval y los pueblos nativos de Norteamérica.

El capítulo 4 (*From Households to Palaces*) se concentra en el estudio de las primeras instituciones formales de las sociedades antiguas, los templos y los palacios. H. considera que la organización temprana de estas instituciones se basó

en aquella de la unidad doméstica, que les sirvió de modelo. Piensa, además, que las instituciones formales tienden primero a desarrollarse dentro de un grupo de parentesco y que luego se vuelven gradualmente más inclusivas en respuesta a cuatro estímulos centrales: la necesidad de controlar recursos de manera exclusiva, de mejorar las formas de producción, de obtener protección y de regularizar las relaciones con otros grupos. H. ilustra su análisis con discusiones del desarrollo del palacio como institución en el antiguo Egipto y en Ugarit.

El capítulo 5 (*Financing Formal Institutions*) continúa con la discusión de las instituciones formales, pasando ahora a considerar la forma en que éstas se financiaban y, más precisamente, cómo producían internamente los recursos que necesitaban para alcanzar sus objetivos. Una de esas formas era recolectando recursos de los participantes, que se almacenaban para su uso posterior. Este sistema es el que se conoce como “recaudación de bienes de consumo” (*staple finance*). Es el sistema más común en los estados agrarios de pequeña escala, en los que los bienes son usados localmente y no tienen que ser transportados por grandes distancias. Por ello cuando la escala de la sociedad aumenta, este sistema encuentra dificultades para funcionar. Una solución es el paso a un sistema de “recaudación de bienes con valor de cambio” (*wealth finance*), que es cuando la institución sólo recauda bienes de alto valor o de gran prestigio que pueden ser usados como una forma de dinero para cambiarlos por los que se necesitan en el momento oportuno. H. destaca que para que este sistema funcione es necesario que la sociedad cuente con mercados. La temática teórica del capítulo es ilustrada con minuciosas discusiones, entre otros, del funcionamiento de los templos sumerios, de la organización del Estado azteca, y de la economía inca.

El capítulo 6 (*Taxation, Rent and Patronage*) continúa con el análisis del financiamiento de las instituciones formales y se enfoca en cómo éstas extraían recursos de las unidades domésticas para cubrir sus necesidades. La atención se concentra en las transferencias económicas, es decir, en las entregas de bienes y servicios sin una contraprestación directa inmediata. H. destaca que estas transferencias pueden ser voluntarias o coaccionadas y que es el paso del primer tipo al segundo el que implica la transformación de las donaciones en impuestos. Dentro de esta temática, se discute primero el problema general de qué debe considerarse como un impuesto, y luego se enfoca la atención en los fenómenos más específicos del evergetismo grecorromano, de los peajes y aranceles como mecanismos de recaudación fiscal, y de los impuestos a los productores agrícolas. El capítulo incluye discusiones detalladas de los sistemas fiscales del Estado de Ur III y del Imperio Azteca.

El capítulo 7 (*The Role of Merchants and Trade in Ancient Society*) se concentra en el papel de los mercaderes en las economías premodernas. H. comienza su análisis señalando la existencia de dos constantes de la interacción humana (p. 199), primero, que los recursos están desigualmente distribuidos en el espacio y, segundo, que los grupos humanos encuentran en el intercambio una forma de resolver los problemas derivados de esa distribución. El mercader es en este contexto para H. el individuo que hace del comercio su forma de vida. Se lo presenta como un agente de intercambio cuyo principal motor es la búsqueda de beneficios

y como un intermediario que permite establecer vínculos entre productores y consumidores. H. considera también lo que él denomina el “dilema del mercader”, es decir, el desafío que representan para quienes se especializan en el comercio tanto la presión social para que usen su capital para financiar actividades en sus comunidades, como la tensión entre los valores de mercado y la economía moral. El análisis de una amplia serie de casos históricos permite considerar todo un abanico de respuestas a este doble desafío.

El capítulo 8 (*The Nature and Origin of Independent Craft Production*) se concentra en la aparición del artesano especialista que produce para el intercambio y no para su unidad doméstica. Propone un modelo general que lo ve como un desarrollo gradual cuyo impulso inicial deriva de la necesidad de diversificar la producción doméstica. H. clasifica la producción artesanal en las sociedades antiguas en cuatro grandes tipos de organización: la producción doméstica, el taller, el conjunto de talleres concentrados espacialmente y, por último, la manufactura.

El capítulo 9 (*On Markets and Marketplaces*) considera al Mercado como institución en las sociedades antiguas. Para H., su aparición es un desarrollo tan importante como la creación del Estado. La atención se concentra, sobre todo, en la diversidad de formas que éste puede asumir. H. considera en detalle seis tipos diferentes: el mercado espontáneo, los mercados periódicos, los mercados de frontera, el mercado minorista, el mercado mayorista especializado y el sistema de mercado. Todos son ilustrados con abundantes ejemplos históricos. Finalmente, H. analiza el problema del origen del mercado y presenta una breve reseña de las principales teorías que se han propuesto para explicarlo. En su opinión, es necesario llevar a cabo una síntesis ecléctica de los principales aportes que, sin embargo, tenga como punto de partida la teoría clásica del surgimiento natural del mercado.

Finalmente, el capítulo 10 (*On first principles of the Ancient Economy*) ofrece un resumen general de los contenidos de toda la obra que culmina reafirmando las premisas centrales del autor: que las economías antiguas eran “plásticas” y “heterogéneas”, y que su comprensión requiere, por lo tanto, del uso del método comparativo y de una teoría ecléctica que se nutra de los aportes de diversas disciplinas.

El estilo de H. es, a lo largo de toda la obra, claro y accesible. Sus comparaciones entre diferentes sociedades son siempre iluminadoras y se apoyan con firmeza en los conceptos propuestos. H. combina elementos teóricos de diferentes tradiciones, generalmente con inteligencia y buen juicio. Sin embargo, cabe señalar que, en algunas ocasiones puntuales, H. pretende recuperar elementos que no parecen compatibles, como, por mencionar un caso, el análisis de la nueva economía institucional y la teoría marxista del valor. Dejando de lado esos puntos menores, no caben dudas de que esta obra representa un aporte de enorme utilidad para todos los que se interesan por el estudio de las economías preindustriales.